

## POTENCIA, SER Y LIBERTAD

### 1. Introducción

El término *potencia* o *poder* indica en el lenguaje ordinario la capacidad de realizar grandes obras o de ser muy influyentes. Se contrapone a la *impotencia* o incapacidad de actuar o de ejercer ciertas funciones. Esta observación nos sugiere que estamos ante un concepto metafísico de gran alcance. Tener potencia es *poder hacer*, lo que clásicamente es la “potencia activa” (“potencia pasiva” es *poder llegar a ser*, que aquí no consideraré). El concepto de potencia, por tanto, se relaciona con la *acción* y quien la realiza es el *agente*. La potencia es la capacidad de un agente de desplegar sus actividades en algún ámbito operativo. Si es interna al agente, consiste en *poder obrar* u *operar* (por ej., poder pensar<sup>1</sup>), y si es externa es *poder actuar* (hacer cosas externas). Esto depende de las *habilidades* del sujeto (su capacidad, por ejemplo, de realizar gestiones, de dirigir una empresa), de los *medios* necesarios para emprender ciertas obras (medios económicos, buena salud, instrumentos de trabajo) y de la fuerza para vencer obstáculos que puedan venir del ambiente o de los demás. Así diremos que una persona es “impotente” (por ejemplo, no puede realizar ciertos estudios) por impericia (es poco inteligente, se desanima, es inconstante), por falta de medios (no tiene tiempo, o dinero) o porque algunos se oponen (no tiene fuerza para vencer la resistencia de los que contrarían sus propósitos)<sup>2</sup>.

### 2. Potencia física

En estas páginas propondré un examen metafísico de la noción de potencia inspirado en la filosofía aristotélica y tomista. El Estagirita estudia la potencia (*dynamis*) en el libro IX de la *Metafísica*, donde la define como “un principio de transformación de otro ser, o de sí mismo en tanto que otro”<sup>3</sup>. Si esta potencia se refiere a la capacidad de producir cambios físicos en otros cuerpos, podemos llamarla *potencia física*, cosa que en el lenguaje común se asocia a la noción de *fuerza*, pensada inicialmente para los cambios mecánicos. Por eso decimos que una persona es fuerte o potente, físicamente, cuando tiene fuerza muscular para manipular objetos, luchar, empujar, golpear y cosas de este tipo.

<sup>1</sup> Así Tomás de Aquino define a la potencia como “principio de operaciones”: cfr. *S. Th.*, I, q. 77, a. 1.

<sup>2</sup> El influjo de un sujeto libre sobre otro (influir sobre su voluntad) en general no se configura como “potencia”, salvo en el caso del poder jurídico o político, por el que se instaura la relación “mandato-obediencia” (relación de *gobierno*).

<sup>3</sup> Aristóteles, *Metafísica*, IX, 1046 a 10. Cfr. *ibid.*, V, 1019 a 15 ss (ver además todo el c. 12), y también Tomás de Aquino, *C. G.*, II, c. 7, aparte de los correspondientes comentarios de Tomás a Aristóteles.

La fuerza física fue objetivada por la física moderna atendiendo a las relaciones funcionales entre ciertas magnitudes básicas de los cuerpos sobre la base de la experiencia del movimiento físico y sus causas. La mecánica moderna (newtoniana) nació en este ámbito de estudio. Para expresarnos en términos cualitativos, podríamos decir que la primera noción dinámica acuñada para analizar la causa del movimiento es la *fuerza*, una magnitud objetivada en términos de interacción activa entre cuerpos. En este sentido, la fuerza interviene como la causa del movimiento y, aunque no se sepa qué es exactamente, al menos se manifiesta como lo que desde fuera produce una modificación en la cantidad de movimiento de un cuerpo. Según la segunda ley de Newton ( $f=ma$ ), la fuerza que actúa sobre la masa equivale al producto de la masa por la aceleración producida. Sea lo que sea “ontológicamente” esa fuerza, punto que ha suscitado amplias discusiones en la filosofía de la ciencia del siglo XX, podemos decir que ella responde a cierta noción intuitiva de causa motriz (el *movens* o *kinoûn* aristotélico). Lo que “causa” una modificación en el estado de movimiento de un cuerpo es un principio externo configurado como “fuerza”<sup>4</sup>.

Desde aquí puede pasarse, en la física moderna, a objetivar la noción física de *trabajo* (simbolizada con  $W$ , de *Work*), que indica la “acción” efectivamente ejercida por una fuerza sobre un cuerpo desplazado. A esta magnitud se asocia la *potencia* ( $P$ ) o cantidad de trabajo realizada en una unidad de tiempo. Por fin, el trabajo se retrotrae a la *energía* ( $E$ ), capacidad de un sistema de cuerpos de realizar trabajo. De este modo se entiende “intuitivamente” el trabajo como el “tránsito” de la energía de un cuerpo a otro, sobre el que actúa para modificarlo, y a la vez puede verse cómo trabajo y energía son equivalentes.

Con independencia de las interpretaciones epistemológicas, de estas observaciones se concluye que la noción de la física moderna más cercana a la potencia física activa aristotélica es la de energía. La energía es como la potencia acumulada en un sistema en cuanto “capaz” de realizar trabajo, es decir, capaz de desplegar una causalidad física en el mundo de los cuerpos para modificar sus estados. Me he detenido en la noción física de fuerza mecánica, pero esto puede extenderse, en el contexto de la física contemporánea, a todas las fuerzas de la naturaleza y por eso a los distintos tipos de energía y a las subsiguientes interacciones de los sistemas físicos. Las cuatro grandes fuerzas de la naturaleza son la fuerza gravitacional, la fuerza electromagnética, la fuerza nuclear o “fuerte” y la fuerza propia de las interacciones débiles. Por tanto, en todos estos ámbitos la *potencia física* existe como la posibilidad activa de producir

---

<sup>4</sup> Esta noción está ausente en Aristóteles, pero puede decirse que en su filosofía es suficiente hablar de potencia, “fuerza” de la que brotan las operaciones activas.

alteraciones materiales básicas en el mundo según las distintas configuraciones de la energía. Esta es la “potencia fundamental” de la materia y sólo con ella se pueden producir cambios físicos en el mundo. El hombre la racionaliza y utiliza mediante la técnica.

### 3. Potencias formales

La potencia física es una potencia “bruta”, por encima de la cual tenemos en el mundo potencias más altas, dado que las estructuras materiales reciben formalizaciones superiores de las que se siguen nuevas posibilidades operativas y nuevas interacciones. La más notoria de estas configuraciones es la vida, a la que pertenecen potencias orgánicas, es decir, capacidades intrínsecas del organismo vital de desplegar una serie de operaciones típicas de la vida, como son la alimentación, el crecimiento, la reproducción, y en los animales muchas otras como la percepción, la afectividad y sus diversas formas de conducta. El tratamiento de Tomás de Aquino de los vivientes y el hombre en la *Suma teológica*, como es sabido, se organiza en torno al examen de las diversas *potencias operativas* del alma<sup>5</sup>.

La potencia orgánica es “física” en un sentido superior a la potencia que antes consideramos como física. Podríamos decir que su novedad operativa es que formaliza (empleo esta palabra en el sentido del hilemorfismo aristotélico) un área del cuerpo, que ahora pasa a llamarse “órgano”, para que pueda realizar un acto típico nuevo, que el estrato material del cuerpo no puede realizar por sí mismo. Un cuerpo inanimado “no puede”, por ejemplo, asustarse, imaginar o correr persiguiendo algo (hasta el punto de que es ridículo pensar que pueda hacer esas cosas). Pero un cuerpo o área corpórea debidamente dispuesto puede ser órgano de esas operaciones. El recuerdo, la imaginación, la percepción, “utilizan” las fuerzas físicas básicas para realizar operaciones “formales”, como ver o percibir, para las que las puras fuerzas físicas son impotentes<sup>6</sup>.

Por consiguiente, el mundo físico no sólo tiene fuerzas o potencias físicas, sino también otras, todavía no espirituales, que podríamos llamar *potencias formales*<sup>7</sup>, en cuanto derivan de una especial formalización que recibe la materia con respecto a un acto más alto que el acto

<sup>5</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *S. Th.*, I, qq. 77 ss. Las potencias son del alma en cuanto acto del cuerpo (orgánicas) o del alma en cuanto actúa por encima de los órganos corporales (inorgánicas): cfr. *ibid.*, q. 77, a. 5.

<sup>6</sup> Entiendo este punto en el sentido hilemórfico estricto aristotélico, no de modo dualista.

<sup>7</sup> Tomo esta noción de L. Polo, *Curso de teoría del conocimiento*, vol. II. Eunsa, Pamplona 1985, pp. 17-51. Según Polo, la formalización propia de la vida implica una especial integración entre la forma y los movimientos “práxicos” del viviente, que son también formalizados al servicio de las funciones vitales. Cfr. mi trabajo *Automovimiento y crecimiento como características de la vida según Leonardo Polo*, “Studia Poliana”, 11 (2009), pp. 111-131.

substantial de los seres inanimados. El alma vegetativa y sensitiva, con sus potencias propias, estructuran al organismo (y así lo hacen operativo) no introduciendo nuevas fuerzas físicas, sino sencillamente “administrando bien” las fuerzas físicas subyacentes. Las ciencias naturales contemporáneas han descubierto esta dimensión gracias a la noción de *información*, la cual mantiene con la noción de *energía* cierta analogía proporcional al binomio aristotélico de *causa formal/causa material*.

Tendemos a considerar “potente” lo que simplemente tiene fuerza física. Un pequeño insecto nos parece mucho más débil que una estrella o una bomba atómica porque su despliegue de potencia física (su potencia energética) es pequeña. Sin embargo, el insecto, como todo animal, realiza operaciones formales para los que el mundo físico inanimado es impotente, y lo hace utilizando las fuerzas físicas, que le son imprescindibles, en función de un acto más alto. Esa “utilización” (término algo antropomórfico) es la *información* de una configuración material que así queda realizada a un nivel activo más alto, como sucede por ejemplo cuando un área cerebral es sede orgánica del lenguaje o de la imaginación. Tenemos aquí un peculiar “dominio” y “control” de la materia (términos todos que sugieren cierto “poder”) muy distinto del control puramente mecánico, electromagnético, etc. por el que un agente físico puede provocar un cambio físico en el mundo.

#### 4. Potenciación de potencias

En la visión jerárquica de los grados del ser y de la vida, según Tomás de Aquino, las potencias formales, a medida que van siendo más altas, admiten cierta apertura flexible con relación a sus objetos. Esta flexibilidad consiste en que no se agotan en unas operaciones concretas, sino que están como predisuestas para realizar grupos amplios de operaciones según las circunstancias lo exijan, con modalidades adaptativas variadas, típicas de la vida, y también gracias a cierta “potenciación de la potencia”, en tanto que ésta se ejerce mejor cuando su eficacia se incrementa gracias a la experiencia, la memoria y cierta habituación. El ejercicio y las interacciones hacen que la potencia orgánica, dentro de ciertos límites, mejore su rendimiento, proceso que la biología moderna explica en términos de *feed-back* operativo<sup>8</sup>.

La posibilidad material de que una potencia formal manifieste cierta versatilidad es que su base física sea *compleja*, y no simplemente poderosa energéticamente. Por eso los vivientes, en la medida en que son más altos, más variados y plurivalentes en su conducta individual y social,

---

<sup>8</sup> El mejoramiento orgánico podría relacionarse con la temática actual del *enhancement* o la potenciación de las funciones neuropsíquicas mediante recursos farmacológicos o computacionales, cuestión que no puedo afrontar en este breve trabajo.

requieren una base orgánica convenientemente compleja. La complejidad, uno de los grandes temas de la biología contemporánea, es la plataforma material de la versatilidad de las potencias formales<sup>9</sup>. Su potenciación o cuasi-habituación prepara lo que en el hombre son los hábitos como perfeccionamiento de las potencias humanas. El hábito es necesario cuando la potencia mantiene cierta indeterminación operativa ante una serie de posibilidades y no cuando está unívocamente determinada a realizar “mecánicamente” cierto acto y no otro<sup>10</sup>. En el hombre los hábitos pueden llamarse *virtudes* (operativas), término que da idea de cierta “fuerza” (*vis*) o “energía” o simplemente potencia (*virtus*) que permite realizar una variedad de actos con sencillez y sin esfuerzo, mientras que la actuación de una potencia formal no habituada es fatigosa, complicada y menos variada en sus posibilidades.

## 5. Potencias racionales

En el ya citado libro IX de la *Metafísica*, Aristóteles introduce la distinción entre las *potencias racionales*, como las ciencias y las artes, y las *no-racionales*<sup>11</sup>. Las primeras están abiertas a alternativas opuestas, mientras que las segundas están ordenadas a un tipo único de efecto. La apertura a posibilidades opuestas significa que el sujeto operante tiene el *poder de decidir* si obrará o no, y cómo lo hará<sup>12</sup>. Una perfección así en su máxima amplitud es atribuible a Dios mismo y es su Omnipotencia<sup>13</sup>. En su raíz, tal como explica Tomás de Aquino, el dominio sobre los opuestos estriba en que la inteligencia humana no está coartada por una forma o un grupo de formalidades, sino que está enteramente abierta al ser trascendental, por lo que domina entre todas las formas de ser, con una máxima indeterminación que llamamos justamente *libertad* (de elección).

Esto no significa que las potencias “no-racionales” de los vivientes estén mecánicamente determinadas *ad unum*, porque como vimos ellas admiten cierta amplitud operativa flexible, lo que supone un “dominio” sobre un complejo de objetos. Así la vista es potencia respecto a los colores (aún contrarios entre ellos) y el oído lo mismo respecto a los sonidos<sup>14</sup>. Pero ellas no se salen nunca de su objetividad formal. El hombre, en cambio, es libre porque con su voluntad e

<sup>9</sup> Cfr. sobre este punto mi trabajo “Complejidad y auto-organización. Una visión filosófica”, en M. D. Arancibia, V. Cortez, A. Katuchin (eds.), *Complejidad y organizaciones*, Ed. Fundación Universidad Nacional de San Juan, San Juan 2010, pp. 193-218.

<sup>10</sup> Estos puntos sobre los hábitos pueden consultarse en Tomás de Aquino, *S. Th.*, I-II, qq. 49 ss.

<sup>11</sup> Cfr. Aristóteles, *Metafísica*, IX, 1046 b 1-10.

<sup>12</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *In IX Metaph.*, lect. 4.

<sup>13</sup> De este tema trata Tomás de Aquino precisamente en su entera cuestión disputada *De Potentia*, aparte de tantos otros sitios muy conocidos de sus tratados.

<sup>14</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *C. G.*, II, c. 82, n. 1642 de la edición Marietti.

inteligencia está abierto a la amplitud universal del bien y la verdad, trascendentales del ente, y por eso nunca se agota en lo que hace, sino que siempre puede re-considerarlo, examinarlo y hacer nuevas cosas. “El alma intelectual, en cuanto es comprensiva de los universales, tiene potencia para el infinito (*habet virtutem ad infinita*)”<sup>15</sup>. Se llega así a la conclusión de que la libertad, siempre entendida en unión con la inteligencia y sin perder de vista su orientación a la verdad y al bien (que en el hombre puede fallar), es lo más poderoso del universo: “el libre arbitrio -escribe el Aquinate citando a San Bernardo- es lo más poderoso que existe por debajo de Dios (*liberum arbitrium est potentissimum sub Deo*)”<sup>16</sup>.

Estas últimas consideraciones nos indican que la potencia operativa tiene que ver con el ser como tal. Poder operar es propio de todo ente<sup>17</sup> y por eso es máximamente atribuible a Dios. La *potencia operativa* es un cuasi-trascendental, como la acción, el orden y la relación. Como las demás perfecciones ontológicas, se realiza imperfectamente y en grados en las cosas creadas y corresponde a Dios máximamente, de quien afirma Santo Tomás que “en cuanto es su ser, le compete ser según toda su potencia” (*competit esse secundum totam essendi potestatem*)<sup>18</sup>, expresión que indica un uso “trascendental” de la noción de potencia (*virtus essendi*).

La potencia “metafísica” del hombre encuentra límites porque está mezclada con muchos aspectos de potencialidad pasiva y contingencia. La persona humana tiene que madurar su inteligencia y voluntad y sólo cuando adquiere ciencia y virtudes se pone en la situación de poder obrar con eficacia en la mayoría de los casos. En cuanto tiene cuerpo como una parte constitutiva de su naturaleza, necesita contar con disponibilidades físicas, que puede incrementar con su potencia tecnológica (las máquinas son artefactos capaces de realizar trabajo, así como la computación le permite dominar los aspectos informativos del trabajo), con el lenguaje y la cultura.

Los límites de la potencia humana son numerosos en todas las dimensiones del quehacer del hombre y suponen correlativas debilidades e indigencias humanas que obligan al hombre a contar con auxilios materiales, educativos, sociales, por no hablar de la necesidad absoluta de la

---

<sup>15</sup> Tomás de Aquino, *S. Th.*, I, q. 76, a. 5, ad 4. En este sitio explica el Aquinate que por eso el hombre, aunque físicamente esté poco especializado, con su razón puede “prepararse instrumentos de modos infinitos y con respecto a infinitos efectos” (*ibid.*), como si tuviera cierta “infinitud potencial tecnológica” cuya raíz es la inteligencia en cuanto abierta al ser en toda su universalidad.

<sup>16</sup> Tomás de Aquino, *De Veritate*, q. 22, a. 9, sed contra.

<sup>17</sup> “Toda cosa es para su operación”: Tomás de Aquino, *S. Th.*, I, q. 105, a. 5.

<sup>18</sup> Tomás de Aquino, *C. G.*, I, c. 28, n. 260.

gracia para poder obrar el bien de un modo que le permita llegar a la felicidad<sup>19</sup>. El hombre sigue necesitando de las fuerzas físicas inferiores, pero éstas de poco le sirven si no las usa con sabiduría, ciencia, virtudes y en orden a los bienes morales y sobrenaturales. Pero cuando el hombre domina lo inferior con su razón, ordenando y gobernando, se hace *señor*. Para eso necesita a la vez de fortaleza para vencer obstáculos, de templanza para superar el placer, de inteligencia (sabiduría, ciencia, prudencia) para saber hacer lo conveniente. Cualquier debilidad en estos aspectos debilita su señorío.

## 6. Consideraciones finales

Contra lo visto se objetará que no vemos que en el mundo dominen los virtuosos, sino más bien lo contrario. Por eso es frecuente dar a la noción de *poder* una connotación negativa, cuando se lo entiende como control con fuerzas militares, económicas, etc., y aun peor cuando significa *dominio* en el sentido de esclavización y opresión (dominio violento) de los demás, contraria a la libertad. En este sentido el puro poder suele contraponerse a la justicia y es fácil llegar la visión pesimista de que el espíritu es débil contra las fuerzas del mal que parecen prevalecer<sup>20</sup>. Esta observación es verdadera de algún modo y aquí no pretendo desconocer la complejidad del problema. Sólo haré notar dos puntos al respecto:

1. Los poderes humanos (tecnológico, económico, militar, político, etc.), incluyendo a la misma inteligencia, deben usarse para el bien y de lo contrario se pervierten<sup>21</sup>. Pero el “poder del mal” en el fondo es una *falta de poder*, en cuanto el mal moral es un desorden, un “no poder” (por no querer) hacer el bien, lo cual debilita la libertad para el bien<sup>22</sup>. Por eso el mal moral lleva a muchas esclavitudes y contingencias, que restringen el poder humano.

2. En el pensamiento moderno a veces la potencia se tomó al margen de su relación con las formalidades y fines o incluso como creadora de los mismos. Eso acaece en la física moderna en cuanto no pretende ser una filosofía sino sólo una cuantificación de las fuerzas físicas al servicio de la técnica. Pero resulta muy inadecuado cuando se lleva al plano de la voluntad al margen de

<sup>19</sup> Cfr. Tomás de Aquino, *C. G.*, III, c. 147. Ver también *C. G.*, III, c. 31, n. 2128, sobre la debilidad humana.

<sup>20</sup> Max Scheler considera al espíritu como débil en su obra *El puesto del hombre en el cosmos* (1928).

<sup>21</sup> Así lo señala Santo Tomás cuando argumenta que la felicidad no está en el poder: cfr. *S. Th.*, I-II, q. 2, a. 4. El Aquinate se refiere al “poder” en este sentido cuando habla de la *potentia mundana* en *C. G.*, III, c. 31.

<sup>22</sup> Por eso, el hecho de que Dios y los bienaventurados “no puedan hacer el mal” no es impotencia, sino un índice de plenitud de libertad: cfr. Tomás de Aquino, *C. G.*, III, c. 138; II, c. 25.

la verdad y el bien<sup>23</sup>. Tener potencia o poder significará así la fuerza de auto-afirmación de la pura voluntad y la capacidad de hacerla prevalecer sobre las voluntades contrarias o de condicionar las libertades ajenas. En su caso extremo ésta es la *Wille zur Macht* de Nietzsche. La potencia así entendida lleva a la opresión, es vacía y nada tiene que ver con la potencia tal como la hemos visto en este trabajo<sup>24</sup>.

Concluyo señalando que ser activos y potentes para obrar es una de las propiedades del “ser en cuanto ser”. En su sentido más alto, esa propiedad se realiza en la libertad, capacidad de auto-determinarse. Dios, el Ser mismo, es libertad omnipotente. El poder humano incluye muchos aspectos (dominio sobre el mundo, señorío sobre sí mismo, poder político), pero siempre se retrotrae a la voluntad inteligente, la cual adquiere plenitud en su unión al bien y la verdad.

Juan José Sanguinetti

---

<sup>23</sup> Cfr. sobre este punto I. Falgueras, J. A. García, R. Yepes, *El pensamiento de Leonardo Polo*, Servicio de Publicaciones, Universidad de Navarra, Pamplona 1994, pp. 16-17; L. Polo, *Curso de teoría del conocimiento*, tomo IV, Eunsa, Pamplona 2004, pp. 142-143.

<sup>24</sup> Es distinto el caso de la *fuerza de voluntad*, que indica la potenciación de la voluntad mediante la fortaleza. Así decimos que una persona es *fuerte* no sólo físicamente, sino cuando su voluntad está decidida, es constante, indoblegable y capaz de vencer todo tipo de obstáculos y resistencias. En R. W. Emerson (filósofo americano, 1803-1882; cfr. su ensayo *Power*, en *The Conduct of Life*, Routledge, Londres 1894, pp. 55-81), que influyó sobre Nietzsche, el poder se toma en parte como fuerza de voluntad creativa y espontánea, pero en parte también sin considerar su orden al bien.